

PRESENTACIÓN DE LA OBRA

SEMIÓTICA DE LA MEMORIA

“Narrar historias siempre ha sido el arte de volver a narrarlas”

Walter Benjamín

Encontrar en el arte un contenedor imprescindible de las ideas y del pensamiento para enunciar experiencias individuales de victimización y situarlas en los espacios cotidianos de la ciudad fue un proceso desarrollado desde el Centro de Estudios sobre Violencia, Conflicto y Convivencia Social (CEDAT) a partir de la articulación de tres proyectos de investigación: 1. “Jóvenes egresados de programas de protección a víctimas de reclutamiento forzado: situación y experiencia pos-egreso”; 2. “Memorias de un ayer que no pre-escribe. La verdad y la justicia como un camino hacia la reparación integral de las víctimas en Colombia”; y 3. “Semiótica de la memoria del conflicto en Manizales. Hilando recuerdos-hilando ausencias”.

Diferentes proyectos convergen en la finalidad común de transmitir, a la sociedad civil, algo de las conversaciones y de los encuentros logrados con víctimas de desplazamiento forzado, víctimas de ejecuciones extrajudiciales y jóvenes víctimas de reclutamiento forzado por parte de grupos armados ilegales. Esa intencionalidad de transmitir se revela como un asunto desafiante desde la experiencia estética, para llamar la atención y devolver la sinestesia necesaria para reflexionar un conflicto armado que compromete a toda la sociedad colombiana y que, por ende, implica responsabilidad colectiva.

Desde el arte es posible confrontar y problematizar la memoria colectiva del conflicto armado colombiano. Este es vehículo de evocación de los recuerdos, las imágenes, los lugares y las ausencias que encuentran su fuente narrativa en las historias de vida de víctimas de ejecuciones extrajudiciales, desplazamiento forzado, así como reclutamiento temprano y forzado por parte de grupos armados ilegales. En este sentido, desde el lenguaje de los colores sobre inertes muros de cemento, se buscó propiciar estrategias para el tránsito de memorias privadas de dolor y luto a procesos de duelo público; como plantea Ileana Diéguez, esto es, “poner el dolor de los otros en el espacio social, es implicarse en un proceso que va del sufrimiento silencioso o *pathema* a la manifestación pública o *poiema*” (Diéguez, 2014, p. 221).

En este sentido el arte constituye una manera de pensar, de confrontar y de problematizar las voces de quienes están presentes en la imagen, con las memorias de ruptura, producto de las victimizaciones y las memorias espectrales del presente, eternamente ancladas al pasado.

Desde la memoria contenida en la resonancia testimonial de las imágenes, representadas en los murales, se significa el dolor de las víctimas y se sitúan en el espacio de la sociedad manizaleña las

injusticias irresueltas y los múltiples pasados entretnejidos en cada mural como la crónica de tiempos vividos con recuerdos indelebles de dolor, ausencia, tristeza y soledad. La lectura semiótica de las estrategias artísticas trasciende, de las narrativas individuales, hacia la construcción de narrativas humanitarias que interpelan a la sociedad en general.

La experiencia de la guerra en cada una de las victimizaciones cuenta con particularidades del presente tejidas desde múltiples pasados. En este sentido -tomando como punto de referencia, para la semiótica de la memoria, el trabajo desarrollado por el artista plástico Juan Camilo Loaiza con víctimas de desplazamiento forzado- es importante recordar los planteamientos de Jairo Montoya, quien argumenta que “desterritorializados como especie, nuestro destino tanto individual como colectivo deberá construir sus propios territorios, inscribiendo, escribiendo o describiendo en sus huellas la eficacia de su poder evocador” (Acosta et al., 2014, p. 71). La resonancia testimonial del despojo de territorios, esta signada por la imposibilidad de escindir la memoria de aquellos espacios vividos que, finalmente, constituyen la fuerza de los acontecimientos rememorados y exteriorizados a la memoria pública.

La semiótica de la memoria con víctimas del desplazamiento forzado, está cargada de historias y metáforas que se condensan en la fuerza testimonial de la imagen tal como ocurre con la semilla como símbolo de fertilidad albergada por un árbol seco dispuesto en el corazón de la mujer campesina. Representando el arraigo y las valoraciones subjetivas que nunca podrán ser despojadas y destrozadas por los victimarios, como ocurre con “*el amor por la vida*” (*mujer víctima*), que finalmente se traduce en la estrategia de supervivencia de la memoria.

Una segunda obra, construida por el mismo artista a partir del trabajo con las narrativas testimoniales de jóvenes víctimas de reclutamiento forzado por parte de grupos armados ilegales permite comprender “*la memoria como un hilo en un laberinto de cemento*”. Un tejido complejo entre la vida y el recuerdo del pasado, un tránsito permanente en la vida de niños, niñas y adolescentes que han tenido que vivir la vida más aceleradamente por el contacto de la guerra con sus cuerpos, con sus manos, con su alma y con su mente. Actualmente, intentan cargar de historia sus vacíos y preguntas, estudiando para entender el sentido de una guerra que les obligó a dejar su niñez en las montañas, re-significando el pasado para no olvidarlo y construyendo memoria para que otros niños no estén avocados a la repetición de los hechos.

En las representaciones gráficas de las memorias de victimización con jóvenes está siempre presente el Sol, como el nuevo amanecer, como la oportunidad de cambio y transformación, como el nuevo día para estas historias de vida, y para la totalidad de los ciudadanos de este país, esperando que la noche de los tiempos de tragedia, dolor, muerte y violencia nunca más se situó como la realidad cotidiana en todas las regiones del país. En la totalidad de los casos, los jóvenes se “*fuleron por el lado de la luz, por el lado del color, por el lado de la libertad*”, por lo que hoy muchos de ellos hacen de “*Manizales el eje de transformación, eje de educación, eje de sus vidas*” (*víctima*).

El artista urbano Andrés Mauricio Chávez fue el encargado del trabajo artístico a través de las narrativas de víctimas de ejecuciones extrajudiciales, planteando a partir del carácter político del arte los elementos que subyacen a dicha práctica en Colombia. La identidad de las víctimas se

enuncia desde la representación gráfica del campesino, el mecánico, la joven mujer, el pintor. De todas ellas y de todos ellos el arte testimonia su injusta muerte.

El espacio rural, lejos del testimonio y el testigo que no son garantía de total impunidad, es representado en la imagen como contenedor de la memoria que permite mostrar el dolor al mundo. Se evidencian en el trabajo artístico la oscuridad del olvido, la impunidad y la indiferencia de la sociedad, con respecto del carácter trágico de la muerte de miles de jóvenes inocentes, que al ser relegados a la ausencia con su muerte, se convirtieron en sujetos de recuerdo, del carácter trágico que vivieron y viven miles de familias en Colombia, en un ayer no muy lejano de la muerte y en un tiempo presente que actualiza la injusticia de ese pasado a partir de la memoria.

En las imágenes quedan tejidos los tiempos, ellas permiten interrogar el corazón de la historia, las imágenes son la memoria actuante en la vida de la cultura. (Acosta et al., 2014, p. 101)

Las memorias privadas de dolor y muerte exteriorizadas en la palestra pública de la ciudad explicitan la tensión entre las historias vividas por las víctimas y los proyectos que se convierten en el presente-futuro de la vida en la ciudad, no obstante, la apertura de nuevos horizontes no es posible sin la contribución social y estatal. En el proceso de investigación se abrió un espacio para escuchar las voces que deben ser oídas desde la elocuencia del silencio y la resonancia testimonial de la imagen.

El reconocimiento más grande de este trabajo es para las víctimas, como sujetos de dolor y de dignidad vulnerados por la guerra, que narraron sus historias para aprender entre todos el arte de volver a narrarlas. Agradecimientos especiales por enseñarnos que la memoria germina en la denuncia de la guerra y el señalamiento de las responsabilidades, construyendo entre todos reales garantías de no repetición.

Carolina López Giraldo¹
Juan Pablo Mejía Giraldo²

Referencias bibliográficas

Acosta, M. et al. (2014). *El arte y la fragilidad de la memoria*. Bogotá, Colombia: Sílabo editores.

¹Trabajadora Social, joven investigadora grupo de investigación CEDAT, Universidad de Caldas. E-mail: Carolina-2129@hotmail.com.

² Psicólogo, Magíster en Psicología Clínica, mención en psicología analítica, docente Universidad de Caldas, investigador grupo CEDAT. E-mail: Juan.pablo.mejia.giraldo@gmail.com.